

comendable en el desierto de las Celdas por la austeridad de su vida. Hacía sesenta años que moraba en una cueva cuando Paladio fué á aquel desierto. Dice de él que su manera de vivir era extremadamente áspera y difícil de soportar ; que durante el día, y hasta con el mayor calor del medio día, recogía piedras en el desierto, con las que edificaba celdas para los que no las tenían, y que todos los años hacía una de ellas. Como el mismo autor quiso representarle un día que no debía en su edad matar de aquella manera su cuerpo con un trabajo tan fatigoso y con insupportables calores, le respondió : « Yo quiero matarlo puesto que él me mata. »

No comía al día más que seis onzas de pan con un pequeño puñado de yerbas, y no bebía sino un poco de agua. Paladio, que estuvo algun tiempo con él, añade que jamás le había visto extender los piés ni echarse sobre la cama para dormir ; sino que pasaba la noche sentado, haciendo cuerdas con la corteza de palmera para ganarse la vida. Sus demás discípulos, á quienes este escritor preguntó si había hecho siempre lo mismo, le confesaron que desde su más temprana juventud, había vivido de esta manera, durmiendo solamente algunas veces mientras trabajaba ó comía, de suerte que cuando quería comer, se le veía frecuentemente caer el pan de la boca. ¡ Tan oprimido estaba por el sueño ! Quiso él una vez obligarle á acostarse por un poco de tiempo sobre una estera de juncos ; pero él le dijo : « Cuando vos persuadais á los ángeles que duerman, podreis tambien persuadirlo á los que quieren adelantarse en la virtud. »

El mismo autor cuenta de él un hecho que prueba cuán viva era su fé. « Acercándose el tiempo de comer, dice él, me envió á la hora de nona para sacar agua ; pero habiendo ido al pozo, vi dentro un áspid, que me espantó tanto que volví á él corriendo, y le dije : « ¡ Ah, Padre mio ! Esta-

mos perdidos ; he visto un áspid en vuestro pozo. » Entonces, sin conmoverse por este accidente sino, al contrario meneando la cabeza y sonriéndose dulcemente. me respondió : « ¿ Y qué ? ¿ si el demonio se atreviese á echar serpientes y áspides en todos los pozos ú otros animales venenosos en todas las fuentes, no beberíais pues nunca ? » Al mismo tiempo se levantó y fuése derecho al pozo, donde despues de haber sacado agua, hizo la señal de la cruz, diciendo : « Toda la malicia del demonio quede sin fuerza en presencia de la señal de la cruz ; « y bebió al instante de aquella agua, ayuno como estaba. »

EL ABAD TEODORO DE LAS CELDAS

Casiano hace el elogio del abad Teodoro en sus *Instituciones monásticas*. Representale como un hombre de gran santidad y estremadamente hábil, no solo en todo lo que atañe á la ciencia de la práctica de las virtudes, sino tambien á la inteligencia de la Escritura.

Queremos traer aquí la conferencia que Casiano le atribuye y recordar el acontecimiento que á ella dió lugar.

« En el lugar de Palestina que está próximo á la aldea de Tecué, dice este autor, hay una vasta soledad que se extiende hasta la Arabia ; y en este desierto fué donde moraron largo tiempo excelentes anacoretas, los cuales, despues de una vida muy santa, fueron cruelmente muertos por unos Sarracenos... Nosotros quedamos vivamente apesadumbrados por el escándalo que nosotros mismos y algunos de nuestros hermanos sentimos por su muerte ; y nos ad-

miramos de cómo Dios podía sufrir que hombres tan eminentes en piedad y en toda clase de virtudes, pereciesen á mano de aquellos impios.

« Llenos pues de profunda tristeza, fuimos á encontrar con este propósito al santo abad Teodoro, el cual era un hombre eminente en la vida activa, á la que estaba entregado. Vivía en el lugar llamado de las Celdas..... Manifestámosle nuestras quejas por la muerte de aquellos grandes hombres, y le dijimos que nos admirábamos de la paciencia de Dios al permitir que personas de tal mérito pereciesen de una manera tan deplorable, y que era muy extraño que unos santos que por la fuerza y el peso de su santidad habrían debido libertar á los otros de un accidente semejante, no hubiesen podido libertarse á sí mismos de las manos de aquellos sacrílegos. Finalmente, rogándole que nos explicase cómo Dios había podido consentir que unos malvados tuviesen tanto poder sobre sus siervos, el bienaventurado Teodoro nos respondió de esta manera ;

« Esta pregunta, hermanos míos, sorprende de ordinario á los que, no teniendo sino poca fé y luz, creen que los santos deben recibir en esta vida tan corta la recompensa de sus méritos, que Dios les reserva en el cielo. Pero á nosotros, tenemos otros pensamientos. No esperamos en Jesucristo solamente en esta vida, porque entonces seríamos, como dice San Pablo, los más miserables de todos los hombres, no teniendo en la tierra ninguna recompensa, y haciéndonos nuestra infidelidad perder la del cielo.

« Debemos pues defendernos del error de tales personas, por miedo de que teniéndonos la ignorancia de la verdad en la incertidumbre y suspension en medio de las tentaciones, no caigamos en la misma desconfianza que ellos, mirando una injusticia en Dios, o lo que es todavía más horrible, como una negligencia y un abandono de todo cuanto se hace sobre la tierra, la no proteccion á sus más grandes

santos, cuando se encuentran en semejantes peligros, y porque no hace el bien á los buenos, y el mal á los malos ya en esta vida.....

« Por esto, hijos míos, para librarnos de esta grosera ignorancia, que es la fuente y raiz de este detestable error, debemos primeramente saber cuál es el verdadero bien y el verdadero mal, y siguiendo este discernimiento, no la falsa imaginacion del pueblo, sino los oráculos de la Escritura, no caeremos en los extravíos de esos infieles e impios. »

Después de este preludeo, el abad Teodoro estableció por principio que todo cuanto hay en este mundo es ó bueno, ó malo, ó indiferente. « Nada hay verdaderamente bueno, prosigue él, sino la virtud que nos lleva á Dios. Nada hay verdaderamente malo sino el pecado que nos separa de Dios. Las cosas indiferentes son las que ocupan un medio entre el bien y el mal, y pueden pasar al uno ó al otro segun el afecto de aquel que las usa, como son las riquezas, el poder, el honor, la fuerza del cuerpo, la salud, la hermosura, la misma vida y la muerte, la pobreza, la debilidad y enfermedad, las injurias y las otras cosas semejantes, de las que puede uno servirse bien ó mal indiferentemente, segun las diferentes cualidades de aquellos que las poseen.

« Supuesta esta distincion, prosigue el abad Teodoro, examinemos si Dios ha enviado jamás por sí mismo algun mal á algunos de los santos, ó si ha permitido que los otros se lo hiciesen. Esto es lo que nunca encontraremos ; porque nadie ha podido jamás hacer caer en el verdadero mal, que es el pecado, al que al mismo tiene aversion y le resiste ; sino solamente á aquellos que en él han consentido y que le han dado entrada en sí mismos por la malicia de su corazon y la depravacion de su voluntad. El demonio empleó realmente todos sus artificios contra el bienaventurado Job, para hacerle caer en el pecado, pero no pudo,

á pesar de todas los males que le causó, hacerle caer en el verdadero mal.

« No hay que creer, pues, que los males que algunas veces nos hacen sufrir nuestros enemigos, ó cualquier otra persona, sean verdaderos males ; sino que son del número de las cosas indiferentes. Aun cuando aquel que, estando arrebatado de furor trata mal á otro, se imagina hacerle grandes males, estos serán sin embargo siempre tales como los cree, no el que los hace sino el que los sufre. Asi que, cuando se hace morir á un hombre justo, no hay que creer que le sucede algun mal ; sino solamente una cosa que puede ser buena ó mala ; porque la muerte que es un mal, es un bien para el justo, puesto que le libra de todos los males..... La muerte no entristece al hombre justo ; y si la malicia de sus enemigos previene el orden de la naturaleza, haciéndole sufrir una muerte precipitada, el justo no hace sino librarse más pronto de un tributo que necesariamente debia pagar alguna vez, y recibe la corona eterna como el premio de sus sufrimientos y de su muerte. »

El abad German presentó á este propósito la siguiente dificultad : « Padre mio, dijo, si la muerte es tan útil al hombre justo, no se debe acusar al que le mata, puesto que en vez de dañarle, sirve para su salud. »

« No hablamos aqui, respondió el abad Teodoro, sino de las cosas que son en sí mismas buenas ó malas, y no de la intencion de los que las hacen. La paciencia y la virtud del justo es su corona en sus sufrimientos y en su muerte, y no la justificacion del que la atormenta ó le mata. Asi que la crueldad del perseguidor será castigada por el mal que ha querido hacer al justo, y sin embargo el justo no ha sufrido mal alguno, porque su paciencia ha cambiado en bien el que se le quiso hacer.

« La paciencia incomparable de Job de nada sirvió al demonio ; pero sirvió á Job que sufrió estas pruebas con un

valor invencible. Y Judas no está exento de los suplicios eternos, á pesar de que su traicion contribuyó á la salud de los hombres ; porque no hay que considerar cuál es el fruto de una accion, sino cuál es la intencion del que obra.

« Sabemos, dice San Pablo, que todo contribuye al bien de los que aman á Dios (Rom. 5.). Cuando dice que todo contribuye al bien, comprende en esta palabra *todo*, no solamente la prosperidad sino lo que se llama adversidad ; y este grande Apóstol muestra que él mismo ha pasado por esos males, cuando habla de la siguiente manera : Por las armas de la justicia ya á la derecha ya á la izquierda, esto es, por la gloria y la infamia, por la buena reputacion ó la mala, etc. (II Cor. 6.)

« Todo lo que pasa pues por prosperidad y que ocupa la derecha, como la gloria y la buena reputacion, y todo lo que pasa por adversidad y ocupa la izquierda, segun San Pablo, como la infamia y la mala reputacion, se convierte para un hombre perfectamente justo en armas de justicia, cuando lo sufre con un corazon grande y no se deja abatir. Pero para los que cambian á todo momento y que toman una diferente disposicion de corazon, segun los diferentes acontecimientos de la vida, deben escuchar esta palabra que para ellos se dijo : El loco cambia como la luna. (Eccle. 27.) ; y como se dice de los sábios y perfectos, que todo contribuye á su bien, se dice de las personas débiles é imprudentes : Todo se convierte en mal para el hombre imprudente, porque ni se aprovecha en la prosperidad ni se corrige en la adversidad. » (Prov. 14, sec. LXX.)

« Los justos son figurados en la Escritura por aquellos á quienes se llama ambidextros, como Aod del cual se habla en los Jueces, quien se servia de la mano derecha lo mismo que de la izquierda. Esta figura se cumplirá en nosotros, si manejando con cuidado la prosperidad que ocupa el lugar de la derecha y la adversidad que ocupa el de la izquierda

nos servimos de estos dos estados como de la mano derecha, cambiando en armas de justicia como dice San Pablo, lo bueno ó malo que nos acontece en la vida. »

Despues de estas hermosas reflexiones sobre el buen uso que los justos hacen de la prosperidad y de la adversidad, el abad Teodoro añade una muy útil digresion, sobre las diversas causas de la aflicciones que Dios envia á los hombres, á los unos en su bondad y á los otros en su cólera.

« Hay, dice él, tres razones por las cuales son tentados todos los hombres. Frecuentemente es para probarles, como probó á Abraham á Job y á muchos otros santos; algunas veces es para purificarles, como cuando permite que por pecados pequeños que los santos cometen ó para reprimir la complacencia que podrian tener por su santidad, sean probados con diversas suertes de tentaciones. En este sentido dice San Pablo: « Hijo mio, no olvides la coreccion del Señor, y no te canses de sus reprensiones. » Otras veces tambien, es para castigarles. enviando aflicciones para castigar a los que se las han atraido con sus crímenes, á se gun aquellas palabras de David: Las llagas con que Dios castiga al pecador, son en gran número. (Psal. 31.)

« Algunas veces Dios se propone en ellos su sola gloria y la manifestacion de sus maravillas como cuando Jesucristo dijo del ciego de nacimiento que no era él quien habia pecado, ni sus padres sino que este mal le habia sucedido á fin de que la obra de Dios fuese manifestada en él. (Joan. 9.).

« Hay otros castigos con que Dios hiere oportunamente los grandes excesos y las impiedades extraordinarias de algunos pecadores no comunes como Datan, Coré y Abiron. En este número pueden colocarse aquellas personas detestables, de las que dice San Pablo que Dios las ha abandonado á vergonzosas pasiones y al sentido réprobo, lo cuales el mas terrible de todos los castigos.

« Finalmente hay tambien otras causas de aquellas venganzas severas que Dios ejerce contra los que han caido en grandes excesos, y no es para espiar sus crímenes sino para contener á los otros con su ejemplo, é infundirles terror. De esta manera se portó con Jeroboam, Baasa, hijo de Ahia, Acab y Jezabel. »

Volviendo despues de esta digresion á su primer asunto, el abad Teodoro dijo, que no hay que comparar al justo con la cera que toma todas las formas que se le quieren dar; sino que semejante á un sello de diamante, conserva inviolablemente la figura que Dios ha impreso en su corazon, muy lejos de ser alterada por los diversos acontecimientos de la vida.

A este propósito el abad German le preguntó si nuestra alma podia conservarse siempre en un mismo estado y en una misma disposicion en esta vida. El abad Teodoro le dió por respuesta las admirables instrucciones que en sustancia vamos á referir.

« Nosotros reconocemos en nuestra religion que no hay más que Dios que sea inmutable, porque no hay más que él que por su naturaleza sea siempre bueno, siempre lleno, siempre perfecto, sin que jamás se le pueda añadir ni disminuir cosa alguna. En cuanto á nosotros, en la inconstancia que nos es propia, debemos adelantar siempre en la virtud con un cuidado infatigable y un continuo ejercicio, por miedo de que, cesando de aprovecharnos, no nos relajemos tan pronto. El alma no puede permanecer aqui en un mismo estado sin crecer ó decrecer en la virtud. El no adquirir más es perder, y tan pronto como el deseo de adelantar se aparta de nosotros, corremos peligro de volver á caer. Semejantes á una persona que á fuerza de remos hace subir una barca contra la corriente de un rápido rio, y que debe necesariamente ó adelantar, rechazando con pena la impetuosidad del agua, ó volver atrás de repente, si se relaja en su trabajo.

« He ahí porqué es de extrema importancia á un solitario el permanecer siempre en su celda ; pues cuantas veces salga de ella por viajes inútiles, encontrará al volver que le parecerá completamente nueva, y se verá tan sorprendido y turbado como si solo empezase á morar en ella. Asi que, cuando deja debilitar este fervor de espíritu que habia adquirido con un largo retiro no puede repararlo más que con trabajo y con gran pena.

« Y no creamos, que cuando alguno cae en el crimen esta caída le haya sucedido de golpe ; sino que ó bien ha habido algun defecto esencial en el principio de su conversion, ó habiéndose relajado durante mucho tiempo y habiéndose hecho fuertes en él los malos hábitos, á medida que las virtudes se le iban debilitando, despues de haber decaido poco á poco á de los ojos de Dios, cayó de golpe de á los ojos de los hombres. »

DISCIPLINA MONASTICA

DE LOS SOLITARIOS DE NITRIA Y DE LAS CELDAS.

El desierto de Nitria estaba habitado por cerca de cinco mil solitarios que vivian en una grande union y se aplicaban mucho al estudio de los libros Santos. Estaban distribuidos en cincuenta monasterios. Sobre lo cual hay que observar que el nombre de monasterio se da indiferentemente en las *Vidas de los Padres* á la habitacion de uno solo ó de dos ó más monjes. Y en efecto, era permitido á los solitarios de Nitria habitar solos, ó dos y tres juntos, ó hasta en mayor número, segun que lo deseaban. San Amon primer padre ó

al menos restaurador del estado monástico en aquel desierto, lo habia arreglado así desde el principio.

Habia en aquella soledad una iglesia muy grande y capaz de contener aquella numerosa multitud de religiosos que á ella iban regularmente los sábados y domingos, vacando los demas dias de la semana á sus ejercicios de piedad en sus propios monasterios.

Esta iglesia estaba servida por ocho sacerdotes ; pero no habia más que uno, que ofreciese el santo sacrificio, decidiese las materias é hiciese la exhortacion á los hermanos mientras vivia, contentándose los otros con permanecer sentados en silencio junto á él. Asi que nadie podia proponer en público cosa alguna sin su permiso, ó que él mismo no lo hiciese.

Habia en la misma iglesia tres disciplinas suspendidas en tres palmeras, una de las cuales servia para corregir á los monges que habian cometido alguna falta, las otras para castigar á los ladrones, si se encontraba alguno, ó á los que llegaban por casualidad á aquel lugar, y eran convencidos de haber cometido alguna fechoria ; porque entonces se hacia que el culpable se abrazase con una palmera, y despues de haberle dado un cierto número de golpes se le despedia. Este es un ejemplo muy antiguo de la disciplina, que el fervor de los santos penitentes hizo frecuente en lo sucesivo. Paladio cuenta esto como testigo ocular. Vamos á recoger de él, de Rufino, y principalmente de San Gerónimo, lo que queda por decir de las prácticas de aquellos solitarios ; porque aun cuando lo que este gran doctor ha dicho sobre esto, pueda aplicarse á los otros religiosos de los contornos de Alejandria, que solo estaba separada del monte de Nitria por el vasto lago de la Mareote, no lo entiende menos de los de quienes tratamos, habiendo visitado los unos y los otros y no distinguiéndolos en su narracion .Al contrario parece desiguarlos más particularmente,